

Roque Esteban Scarpa

Doctrina para vivir y morir



DIOS mío, qué solos se quedan los vivos! gemía, con valerosa angustia, don Miguel de Unamuno, sacando de la reversión de los sentenciosos versos becquerianos uno de sus temas de agonía: la soledad. Ya no son los muertos en su silencio de hielo, los solitarios, sino los vivos: no los que, habiendo realizado, perfecta o imperfectamente, su vida, están en presencia de la verdad; sino quienes restan dentro de la vida, sollozando por su soledad, por esa fracción del mundo que permanece yerta ante sus ojos, testimonio primero de la lenta desaparición de sí mismos, conciencia primigenia de su muerte. Es el hombre de sangre el solitario que grita de impotencia, como el joven Agustín: «¡Qué dolor entenebrece mi corazón! ¡Todo lo que veo es muerte! La patria me es un suplicio; y la casa de mis padres horror extraño, y todo lo que yo tuve en común con él, se convierte sin él en desgarramiento atroz. Mis ojos le buscan en todas partes y en ninguna le ven; aborrezco todas las co-

sas porque no le tienen, ni saben decirme: espera, que volverá, como cuando en vida estaba ausente».

La primera conciencia de la vida aparece, casi siempre, junto a la muerte, o inmediata al pecado, anticipación de soledad. Parece que se hubiese roto cierta unión invisible, una conexión desconocida hasta el momento, comenzando recién el conocimiento de la soledad en la vida y compañía en la muerte. La conciencia del pecado es semejante al descubrimiento del peso del cuerpo, de la atadura de la carne, de la presencia de un esqueleto firme, que nos impide ascender hasta la voz secreta que nos llama. La conciencia de la muerte ajena es el desaparecimiento de lo vivo, que nos conturba, adelantando la imagen de nuestro propio fin y destino: aquel grave peso, esa trabada unidad, este hueso duro como vidrio, que se nos antojaban inmortales, se desatan y se disuelven en polvo, y sólo asiste entonces, lo vivido. Este conocimiento, crudo a nuestro paladar goloso, siempre atento al inicial sabor «del pasto delicioso del pecado», nos aturde, nos arroja a las asperezas de la soledad y, destemplándonos los dientes con su vinagre, nos hace gritar: ¡Dios mío, qué solos se quedan los vivos! Hemos pronunciado así una verdad, nuestra primera verdad: los muertos están para siempre, acompañados de sus actos, en su cielo, o en la oscura ausencia de Dios; los que estamos solos, relativamente solos, somos los vivos, los que en agonía diaria hacemos y rehacemos nuestra eternidad, aprendiendo sabiduría, acendrando el im-

perfecto amor, construyendo con la vida la muerte y con la muerte la vida.

En presencia de la muerte lo que nos sobra es el cuerpo, como decía Unamuno, «lo que necesitamos es alma, alma, alma», o lo que es igual, la sabiduría que nos dilata. Con ella aprendemos doctrinas para morir, que en su reverso tiene la historia larga de nuestra vida. Y en medio, la agonía. Maestro de la agonía fué también Unamuno, aunque careció de pacífica fe para mitigarla y saciar de esta manera, anticipadamente, su sed de inmortalidad. La caridad suya no fué puro amor, sino un despertarle a sus prójimos «la zozobra y el tormento del espíritu»: una guerra. Metió espada entre los hombres, puso «vinagre y sal en la herida del alma, porque cuando te duermes y no sientes ya el dolor, es que no eres». Su realidad y verdad era el ser: un eterno purgatorio sediento, lejano del de San Juan de la Cruz, que exigía que «para venir a saberlo todo, no quieras venir a saber algo en nada; para venir a gustarlo todo, no quieras gustar algo en nada; para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada; para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada».

Unamuno, fué de aquellos que tuvo «la mala condición española, que dijo Fernando del Pulgar, inquieta de su natura, que en el aire querria, si pudiese, congelar los movimientos y sufrir guerra de dentro cuando no la tienen de fuera». Otro de ellos, que hizo doctrina de su vida inquieta, de su natura rigurosa y

aventurera, y que tiene con don Miguel, a pesar de profundas diferencias, un aire de familia, fué don Francisco de Quevedo, el de la «descolorida paz, preciosa guerra». Unamuno, buscando la verdad, quería salvarse con su cuerpo, con el pensamiento, con todo él: parecíale que si no fuese así, su salvación vendría con mengua, que era necesario poner en el cielo de la eternidad hasta sus asperezas. ¿Salvar su mejor parte? Pero, ¿cuál es la mejor parte de un hombre vivo? Todo yo soy mi mejor parte: sólo el conjunto, el contraste, la contradicción, hacen de mí el hombre agónico Unamuno, y este hombre queriendo, sediento, anegarse en lo inmortal, necesita para salvarse él, llevar hasta lo eterno su duda, su agonía. Esto nos dice entre líneas en cada una de sus obras don Miguel de Unamuno, y esto mismo lo aparta de Quevedo.

La preciosa guerra, la enardecida lucha de Quevedo, no nace de la duda, sino de lo contrario: de la fe. Por esto es que, si escogiésemos de entre los escritores españoles quien se acercare con mayor fidelidad al prototipo del español, tendríamos, forzosamente, que pensar en Quevedo. El combate interno del español es que amando con pasión la vida, por fe sabe que ella es la verdadera muerte, y que, muriendo vivo, construye su eternidad. Quevedo entre tanta aventura lo que busca es hartarse, es matar en vida su inquietud, es vivir minuto a minuto su muerte. La lucha se entabla entre su pensamiento, conocedor de la muerte, y su pasión,

enamorada de la vida: un verso nos resume esta otra forma de agonía:

«amo la vida con saber que es muerte».

Agotando con avidéz la vida, conocerá luego por qué ella es muerte; sabrá que lo que hoy cree vivo es apenas un cadáver que lleva entre sus manos una fracción de lo absoluto; que la verdad es apenas un fragmento de la Verdad; que la belleza es sombra de la Belleza; que el amor es fría imitación del Amor.

Mientras tanto, ama la vida con saber que es muerte, ignorando la gravitación que esta verdad otorga a sus actos. Créese libre, se agita, vuelan los gestos, enamórale la dulzura de los abrazos, pero

«En los claustros, de l'alma la herida
yace callada»,

esperando las horas postreras, manteniendo su secreto, moviéndose lentamente hasta ocupar todo el cuerpo. En vano gritaría

«a quien estorba oír la voz del cielo
con músico alboroto su pecado».

Su corazón sediento de hermosura, sonrío a la belleza pasajera; se ilusiona creyéndola suya para siempre. Es el instante en que «el labio por clavel dejó mordido», ese mismo labio que se le antoja en su dualidad de «ya so-

noro clavel, ya coral sabio», poseedor de toda la humana ventura; es el momento en que se le olvida el paso de las nubes momentáneas, y que todo, le llena el pecho de mieles humildes:

«perdona lo que soy por lo que amo».

El amor entra por sus ojos como en fuego: le ocupa el seso y los sentidos de tal manera que siéntese detenido en el tiempo, fuera de su paso, más alto que la edad, en un éxtasis doloroso. «Callamos los volcanes florecidos», dice en uno de sus versos. E insiste en la semejanza suya con los volcanes ardorosos.

«Mas como en alta nieve ardo encendido,
soy Encelado vivo y Etna amante».

Mientras dura esta ardentía, mientras el tumulto de su fuego llena de luces su ánima, se le transparenta la bondad del amor, su obra purificadora: «amar es conocer virtud ardiente». La virtud la produce naturalmente el amor con el apurar de las imperfecciones, con el acrecentamiento de las exigencias y la deificación de la persona amada. Para Quevedo es el primer contacto con la virtud, que enciende y da un nuevo sentido a la existencia, siendo necesario para él, volcán florecido, Etna amante, que esta virtud amorosa fuese ardiente, pues, sus culpas

«si no encienden mis dedos, no las lloro».

Y la congoja del amor nace de este proceso de purgación, de esta mancha en el alma que impide, si no se purifica, la perfecta fusión de ambos espíritus enamorados. Las propias impurezas se sienten intensa y dolorosamente, porque, en la vehemencia del corazón, creyéndose como se sabe todo amor, inmortal, y viendo en el objeto de aquella pasión, no la imagen real y humana, sino la deificada en que el espíritu lo ha convertido, ofende con ellas la sobrehumana figura que se ama, y el enamorado conoce lo mínimo y soez de su entraña. Es el momento en que solicita se le perdone lo que es en mérito de lo que ama. El amor es un incendio superior a la pequeña leña que lo causa: esta sensación, que se torna cada vez más doliente y turbadora, es la que expresa Unamuno en su frase: «empieza a dolerme en su cogollo mismo el alma, gracias al amor».

Las correspondencias de lo humano con lo sobrenatural son menos equívocas y más atinadas de lo que el hombre se imagina. Ya no es el caso de Chesterton, «lo que hay de más natural en el hombre es lo sobrenatural», que es exacto, sino una identificación de estados semejantes, como la esencia del afán humano de perfección amorosa y la purificación para el amor divino en el Purgatorio. En ambas ocasiones lo que se quiere, lo que hace gemir al alma en su cogollo, es la fusión simple y pura con la razón de su amor, impedida por la mácula que ha de vencerse y limpiarse. En el primer caso, con el ser humano que ha despertado con su belleza o simpatía, el ansia de unión; en el segundo,

nada menos que con el Ser por antonomasia, el Bello, el Misericordioso, el puro Amor, que reúne en sí todas las cualidades posibles en el grado infinito de su perfección, y que, conocidas y amadas, inflaman hasta el puro morir de amor.

Santa Catalina de Génova, en su Tratado del Purgatorio, expresa con admirable claridad, a lo divino, el curso del movimiento del alma hacia su Amor: «Cuando el alma, viéndose a sí misma interiormente, se siente así atraída con tan amoroso fuego hacia Dios, entonces, por aquel calor mismo del amor ardiente a su dulce Señor y Dios, que percibe en su entendimiento, toda ella se siente como liquidar y fundir». «Y viendo después la luz divina; y viendo, en ella, como Dios no cesa nunca de atraerla y conducirla amorosamente a la entereza de su perfección, con tanta y tan continua previsión y cuidado; y que esto sólo por puro amor lo hace; y viéndose el alma por el impedimento del pecado entorpecida por seguir aquella atracción de Dios o sea aquella unitiva mirada que Dios le ofrece para atraerla a sí; y viendo también cuánto le importa el estar todavía tan atrasada que no puede ver la luz divina, añadiendo a ello aquel otro instinto del alma que quisiera ser libre y sin impedimento alguno para seguir aquella mirada unitiva de Dios: digo, que el ver todas estas cosas juntas es lo que genera en las almas que se sufre en el Purgatorio».

En lo humano, el problema es igual, aunque sintiendo, sin duda, en infinita menor intensidad, pues el fin

del amor es infinitamente reducido; lo que no impide que el alma; en el clima ardiente en que está metida, se sienta igualmente como liquidar y fundir. Los ojos, al contemplar, al vislumbrar, beben el fuego:

«La vista frescos los incendios bebe,
y volcán por las venas se dilata;»

hallando intolerable entonces no alcanzar el puro morir de amor, aquel tercer grado amoroso que determinaba San Juan de la Cruz.

Aunque el pensamiento, ensoberbecido de la presente grandeza de su alma, capaz de tales fuegos, piense que al dejar el cuerpo en la muerte, sus cenizas,

«serán cenizas, más tendrán sentido,
polvo serán, más polvo enamorado,»

en lo íntimo, aunque presuma, no puede dejar de ignorar lo débil de sus arrogancias, lo infundado de la eternidad creída, el aporte de lo irrealizable a ese fuego. Aquí se diferencian, particularmente, ambos amores: del divino dice la Santa: «Y sucede que como Dios, por poco que dé al alma, la ocupa tan por entero de sí que ya de otra cosa ni puede preocuparse siquiera, con ello pierde el alma toda otra propiedad suya, y ya no ve ni habla, ni conoce daño ni pena que puedan serle propios. Pues todo esto, como se ha dicho, lo comprende así el alma en último extremo, en

un solo instante, al dejar esta vida»; en el humano, el amor se consume, pues las perfecciones que le han dado lugar son escasas, limitadas y fácilmente agotables, dando lugar, por ello, que el alma no se fije, ni se esté inmutable, pacífica y absorta en gloria, sino desasosegada, deseando con su libertad, volver al nivel común de su vida.

Unamuno da en su novela «Niebla», una justa apreciación acerca del suceso amoroso: «Y para amar algo ¿qué basta? ¡Vislumbrarlo! El vislumbre; he aquí la intuición amorosa, el vislumbre en la niebla. Luego viene el precisarse, la visión perfecta, el resolverse la niebla en gotas de agua o en grauzo, o en nieve o en piedra. «Mientras era un puro vislumbre el amor, escondía su fuego, mantenía llenos de chispas luminosas los ojos y las manos; cuando pretende abrazar este amor, lo «enturbia con sus brazos», dice Quevedo, lo condensa, lo hace precipitarse humanamente, por desesperación, por impotencia, por desengaño: caen sobre el alma débil y desangrada, granizos de piedras, flechas y guadañas, convirtiéndose el corazón en reino del espanto:

«Sólo no hay primavera en mis entrañas,
que habitadas de amor arden infierno,
y bosque son de flechas y guadañas».

La sensación posterior a esta pasión, que se ha transformado de luminoso fuego en bosque erizado de espi-

nas, es la de la vaciedad de la vida, de la desolación del mundo, del recuerdo permanente y palpable de la muerte, impreso en el fugitivo paso del tiempo por las cosas. Si antes soñó «en el pueblo de luz arder clavado», detenido en la impasibilidad gozosa del logro, ahora siente dentro de sí la nada, la desaparición hasta de su espíritu: «desierto estoy de mí».

En esta desolación y sequedad siguientes, todo lo ocupa el pensamiento de la vanidad humana y de la muerte apresurada y belicosa.

«Sólo ya el no querer es lo que quiero»,

porque el tiempo lo va viviendo de prisa, lentamente, consumiéndole toda aquella porción que en el remanso deslumbrante del amor, había esquivado. «Tanto en mentidas luces te anocheció», escribirá después, que en esa noche de sueño casi se le pasó la vida sin sentir, sintiendo. Ahora advierte que la vida es su prisión, y como todo prisionero contará los días hasta el señalado para la libertad. Desmenuza cada día hasta la arena de sus segundos y conoce que no hay hora que pase por él, que no vaya sacando tierra de su sepultura.

«Ayer se fué, mañana no ha llegado,
hoý se está yendo sin parar un punto,
soy un fué, y un será y un es causado.

En el hoy, y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto».

Desierto está en él; cada momento en su dormir y
velación, es un aguijar implacable hacia el forzoso
hospedaje de la muerte. Azadas son las horas y el
momento, y

«huye sin percibirse lento el día,
y la hora secreta y recatada
con silencio se acerca y despreciada
lleva tras sí la edad lozana mía.

Mas, con su huir en el tiempo, la vida, lo que va
construyendo es nuestra eternidad, nuestro monumento.
Cada minuto despojándonos de algo, reteniendo el sus-
piro o el gemido, el odio y el beso, entrega una por-
ción de nosotros al juicio final de nuestros actos, a la
pena o a la gloria que merecerán las obras de nuestro
existir. Este es el sentido del verso quevediano:

«lo fugitivo permanece y dura».

Si lo huidero, lo desaparecido, está presente en
otra parte, que vayan los grandes señores a ser rumor
del mundo, porque aunque

«señor te llamas, yo te considero,
cuando el hombre interior, que vives, miro,
esclavo de las ansias y el suspiro,
y de tus propias culpas prisionero,

que nosotros, aunque desierta y seca el alma, atendiendo a la muerte, conociendo que «morir vivo es última cordura», pediremos que nos desnuden de nosotros, que nos quiten esta alma seca, y nos devuelvan la primavera aquella, desvanecida de terror en el bosque de guadañas y flechas del desengaño, renovándonos en tiernas hojas nuevas las que perdimos en un rojo otoño.

«Un nuevo corazón, un hombre nuevo
ha menester, Señor, l'anima mía».

No nos importa que nos den padecimientos, pues ellos avecinan a Dios, que estando fuera de todo mal, están cerca de quien sufriéndolos, se pone encima de ellos. Eso sí que pedimos, por boca de Quevedo, tipo del español y del ser humano pecador y amoroso, que no atiendas a la voz de nuestros deseos, sino de tu voluntad.

«Tan ciego estoy en mi mortal enredo,
que no te oso llamar, Señor, de miedo
de que quieras sacarme del pecado».

Que en este gusto «del pasto delicioso del pecado» tenemos todo nuestro disgusto, que es sabor enmascarado de azúcar y entraña de hiel y ausencia. En verdad no sabemos qué queremos. A veces, deseamos saber, y nos engañamos, pues la memoria de todos los libros no es vana, que sus autores «ni supieron qué enseñarte, ni tú puedes saber lo que ellos no alcanzaron. Sospecharían mejor en las cosas que tú, y estarían en la menos dañosa opinión, pero otra cosa no le es concedida al hombre, porque la sabiduría verdadera está en la verdad, y la verdad es una sola, y esa verdad una es Dios solo, que por eso le llaman Dios verdadero: y fuera de él todo es opinión, y los más cuerdos sospechan. Así debes tener por cierto, que la primera lección que lee la sabiduría al hombre es en el día de su muerte, y que cuando muere empieza a aprender y que sólo entonces está el alma capaz de doctrina, pues se desnudó en el cuerpo de la rudeza y de las tinieblas e ignorancias deste mundo. Trabajosa cosa es la muerte, pero docta».

En presencia de la muerte, conocemos que esta sequedad después del amor con fuego, era otra manera de fuego, oculto y delicado, que nos daba el temple que el excesivo ardor había desvanecido. No despreciamos ahora el cuerpo, que no vivimos por él, ni para él, sino con él, y como enterrado en él, que cuando muramos, nuestra alma, «en cierta forma resucita». Lo que buscamos es que sea propicia habitación a la gracia, que con ella Dios quiere

« dar muerte a la muerte,
introduciendo en mí que el muerto muera ».

Forma de cumplírsenos el más fervoroso deseo agónico de nuestra vida, el sueño de nuestra muerte: « Quisiéramos morir sin muerte, y que la vida nueva conmutara en sí la ya cansada y caduca ».